martes 31 de mayo de 1983

unomásuno

► "Crudo y amargo"

diagnóstico;

sentencia terrible

Miguel Angel Granados

Tres veces, por lo menos, el ambiente entre solemne y tenso de la sala Benito Juárez de Palacio Nacional fue roto por sonrientes bromas que el presidente De la Madrid hizo a su vecino, y protagonista del acto de presentación del Plan Nacional de Desarrollo, Carlos Salinas de Gortari.

Una de ellas fue provocada por el *cebollazo* (dícese del elogio en público) propinado al secretario de Programación y Presupuesto por su colega en varios sentidos (economistas ambos, los más jóvenes del gabinete, antiguos colaboradores, los dos, de quien disfrutaba, gozoso, el reconocimiento que uno de sus vástagos hacía del otro), Francisco Labastida Ochoa. Octavo en el orden al *bat*, el titular de la SEMIP fue el único, aparte el propio Presidente, que se refirió a Salinas como responsable de la formulación del documento.

Veintiún oradores (todos los secretarios, el jefe del DDF, el procurador de la República, el propio Jefe del Estado al final) hablaron durante tres horas, ante una especie de parlamento ampliado con la representación de sectores sociales que no tienen normalmente acceso a las Cámaras. Además de los oradores, en el estrado estaban los líderes del Congreso, el presidente de la Corte y miembros del gabinete chico como el director del DIF, el director jurídico, el de comunicación social, el secretario privado, la procuradora del Distrito...

Exactamente frente a la mesa principal, los líderes del sector privado oían reiterar la rectoría del Estado que no les gusta: junto a Miguel Alemán Velasco se sentó Emilio Azcárraga, quien llegó tarde y desplazó por ello a Isabel Arvide que había aprovechado el lugar vacante en la primera fila; naturalmente, a la izquierda de los dueños de la televisión privada fue situado el director del Trece, Raúl Martínez Os-

Luego, cara a cara con la parte central del estrado, literalmente codeándose, los líderes del sector privado y los gobernadores. Como en los viejos tiempos, Agustín F. Legorreta junto con Lorenzo Servitje y Bernardo Quintana. Prudencio López impedía que los recíprocamente simpáticos rostros de los paisanos Labastida Ochoa y Emilio Goicoechea se cruzaran más miradas de inteligencia. Jacobo Zeidenweber fue inmediatamente asediado por los reporteros para que diera una imposible opinión sobre el documento de más de 400 páginas que recién se había entregado. Y lo mismo sucedió con José Luis Coindreau y Bernardo Quintana, cuya silla era limítrofe con la comarca de los ejecutivos estatales.

Allí, se producían inevitables contrastes, como el que protagonizaban en el todos sentidos pulcro Pedro Joaquín y su colega de San Luis Potosí, a cuya izquierda el de Sinaloa se esforzaba por no dormirse. En la retaguardia, Graciliano Alpuche no tuvo tanta resistencia y dio más de una cabeceada, como le sucedió también al gobernador de Baja California, a pesar de que su puesto en primera fila hubiera debido obligarlo a un esfuerzo mayor por evitarlo. Bueno, en el estrado mismo el secretario de Salubridad no se recataba para bostezar a más y mejor y cuando el bostezo coincidía con el aplauso ni siquiera se esforzaba por cubrirse la cara como manda el decoro.

Algunos secretarios, no obstante el frecuente ejercicio, harían bien en tomar lecciones de lectura en voz alta, o en pedir a sus ayudantes textos con tipo mayor. Los hubo solemnes, que recitaban una larga lista de destinatarios de su discurso antes de iniciarlo. La brevedad del exordio practicado por los titulares de la Defensa y la Marina *militarizó* a los civiles secretario de Pesca, procurador de la República y jefe del Departamento del Distrito Federal, que se lanzaron pidiendo permiso al Presidente, como hacen los de uniforme.

Este, con el rostro grave a lo largo de casi todo el acto, a veces se mostró sonriente y plácido, como aparece en la portada de *Chief Executive*, la revista de negocios estadounidenses que lo entrevistó para su número de primavera, o como se le ve en un folleto preparado cuando era Presidente electo pero que fue distribuido ahora. Su rostro, sin embargo, se ensombreció cuando poco después de las catorce horas dio lectura a su discurso. Pareció al principio que se limitaría a leer la nota de introducción del volumen en que consta el Plan, pero se vio pronto que no sería así, pues el orden de los párrafos fue alterado y cambiadas muchas expresiones. Aun respecto del discurso cuyo texto se entregó a la prensa, sobre la marcha hizo modificaciones, algunas tan importantes como asegurar que "los intereses legítimos (a los que quiere servir) no son siempre los intereses creados".

Calificó de "crudo y amargo" el diagnóstico formulado en el plan y durante la reunión.

Más de una persona habrá tenido en mente, en ese momento, porque la calificación cuadraba con exactitud, la

sentencia terrible, cuyos efectos se verán en los próximos días, pronunciada por la ronca voz del secretario del Trabajo:

"...en el corto plazo no existen las bases materiales para lograr la mejoría en los niveles de vida de la población".